



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 33. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 4 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 15 DE AGOSTO DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 13 pesos. AÑO XII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



a fiesta de los tiradores alemanes que, según dijimos en una de nuestras últimas Revistas, se ha celebrado en Viena, parece que no ha sentado muy bien á ciertas potencias. Asi

sucede con todas las cosas; rarísima es, suponiendo que exista alguna, la que logra el privilegio de contentar á todo el mundo. Que la fiesta de que se trata no lo ha conseguido, bien claramente lo prueba la noticia de que el baron de Beust va á dirigir ó á dirigido una circular á los representantes de Austria, en el extranjero, encaminada á esponer que no podia la misma negarse á dar la hospitalidad que le habian pedido los tiradores, los cuales, reunidos en Viena, no han hecho mas que usar de las libertades constitucionales establecidas por el Reichsrath. Por otra parte, correspondencias y periódicos de Viena desmienten que exista semejante nota; ni en verdad es necesaria, despues de las palabras pronunciadas en el último banquete por el baron de Beust, palabras que, á juicio nuestro, espresan con bastante claridad la opinion de este hombre de Estado. Hélas aquí: «Austria—no se mezcla en los asuntos alemanes y no concibe la política de rencor. Bebo á la paz y á la conciliacion, los dos grandes promovedores del progreso, las dos grandes libertades y columnas del orden.» Estas frases, añade un diario al transcribirlas, son una especie de contrapeso á las manifestaciones anti-prusianas á que la fiesta ha dado lugar, y que habian hecho esclamar al periódico prusiano *La Correspondencia*

*provincial*: «Alemania desaprueba estas manifestaciones, porque desea vivamente que entre Austria y Prusia reinen una paz sincera y amistosas relaciones, y nos felicitamos por el cuidado con que el gobierno austriaco ha evitado toda iniciativa y participacion en aquellas para evitar conflictos con Prusia.»

Fuera de esta cuestion, que ha sido la que ha hecho el gasto en los últimos dias, nada vemos que merezca la pena de ser consignado aquí: sin embargo, esta misma carencia de novedades nos obliga á dar cuenta de lo poco que despues de lo dicho preocupa algo á los espiritus.

En primer lugar, se presenta la ocupacion francesa de los Estados Pontificios, ocupacion que tan pronto se anuncia próxima á cesar, tan pronto se asegura que continuará indefinidamente. De lo que mañana sucederá nadie puede responder, á no ser profeta, y sabido es que los tiempos de los profetas acabaron: lo que hoy sucede es que las fuerzas francesas siguen comiendo macarrones en los Estados Romanos, y que, según el *International*, el general Kanzler ha hecho dar la orden de aumentar los armamentos y proseguir activamente los trabajos de defensa de Roma.

La *Gaceta* de la Alemania del Norte dice que el Papa va á nombrar un Nuncio para la Confederacion de aquel nombre.

Continúan tambien los trabajos preparatorios para la celebracion del Concilio ecuménico. Habiéndose suscitado la duda de si las potencias que tienen derecho á enviar representantes á él, podrian usar del ejercicio del mismo, el *Morgen-Post*, periódico austriaco, resuelve la duda en sentido afirmativo, fundándose en noticias recibidas de Roma. De un dia á otro se espera una nota circular del gobierno pontificio sobre tan importante asunto.

Se ha promulgado en Egipto el firman que declara heredero del trono de aquel pais al hijo del virey, que asi lo habia solicitado, y que con este fin parece que hizo su último viaje á Constantinopla.

En Bucharest andan desasosegados los ánimos, y no es de ahora, sino de mucho tiempo acá. Bratiano, ministro del príncipe Cárlos, aspira á destronar á éste por su cuenta, y se teme lo consiga con ayuda de Rusia. Hé ahí un modelo de ministros fieles. Lo extraño aquí es que si el príncipe lo sabe, y debe saberlo al menos de oidas, puesto que la cuestion es ya del do-

minio público, conserve á su lado á Batriano como si le agradeciera el flaco servicio que pretende hacerle

La diplomacia no acaba de asombrarse de las buenas relaciones que existen entre Rusia y los Estados Unidos. La presencia del gran duque Alejo en Washington se interpreta como un indicio del próximo establecimiento de una alianza íntima entre las dos grandes potencias. Efectivamente, á pesar de los abismos que las separan en toda clase de cuestiones, están á partir un piñon. ¿Cuál será el lazo de esta profunda simpatía? Averigüelo Vargas.

No media, al menos en estos momentos, igual cordialidad entre los Estados-Unidos y Dinamarca. La condenacion de muchos emigrados americanos ha dado lugar á una protesta del ministro Seward, que aun no ha recibido solucion satisfactoria, no obstante las repetidas gestiones del representante de la Union americana en Copenhague.

El telégrafo, con la formalidad y la veracidad que le caracterizan, habia anunciado que Salvage se habia proclamado emperador de Haiti: ahora salimos con que le gusta mas presidir que imperar. Lo que parece cierto es que el cónsul americano rehusó su proteccion á los que se refugiaron bajo la bandera de la Union, los cuales hubieron de acogerse al consulado inglés, y que allí se fusila á la gente por un quitame allá esas pajas. ¡Dios tenga á unos y otros de su mano!

Dos números hemos visto de *El Ateneo*, revista de la Habana, destinada principalmente á defender y fomentar los intereses de las ricas Antillas españolas, y que sabemos ha sido recibida con el favor que merece, asi por la parte de su redaccion, como por los grabados de máquinas é instrumentos agrícolas, industriales, etc., que la adornan. El administrador de esta interesante revista es el señor don Alejandro Chao, cuyo celo é inteligencia lograrán darle grande impulso.

Otro invento diabólico. Mr. Nabel ha ensayado cerca de Lóndres una nueva sustancia llamada *dinamita*, cuya fuerza esplosiva supera en mucho á la pólvora y á la nitro-glicerina, ofreciendo la ventaja de no incendiarse sino á una temperatura de mil cuatrocientos grados. Con esto, con el cólera, con las guerras, con el hambre y otras cosas que no se mencionan por no hacer interminable este párrafo, la poblacion va á crecer asombrosamente.





como era llevar, nuevo Gaiferos, á su bella Melisenda, á Francia la *bien garnie*, y vivir en un cuarto amueblado en el barrio latino, cosa que hace hoy cualquier comisionista de una casa de Lyon, mal de la vida de dar el naípe á los viajeros, y eso que entonces no habia *ciceronis*, intérpretes, guías, ni tanta multitud de esponjas que sorben al excursionista.

Verdaderamente, hasta entonces, no habia quien dejase el puchero del hogar, para irse *recreationis causa*, por esos trigos, á vivir mal en una fonda, darse un baño, tomar apuntes de una ruina, ó ver si el pan que otros comen es mas ó menos blanco ó está mas ó menos metido en harina, que es hasta donde se extienden las observaciones de muchos viajeros modestos. Sólo un soberano alemán en miniatura, podia permitirse el capricho de trashumar, y la historia nos conserva la memoria de aquel baron de Rözmital, que á mediados del siglo XV salió de su corte, acompañado de cuarenta servidores, amen de los dos cronistas, Sassek y Tetzal, «para ver todos los reinos de la cristiandad y todas sus cosas notables, seculares y religiosas.» Bien es verdad que las naciones en aquellos tiempos *no estaban visibles*, si se me permite la expresion. Harto tenia que hacer cada cual con regesponearse, asearse y pulirse antes de ponerse en disposicion de recibir visitas, y mucho menos de curiosos fingones y murmurantes, como lo son por lo general todos los vecinos que se entran por casa ajena. La prueba de que viajar por recreo era cosa desconocida, nos la suministran los dos cronistas mencionados, cuyos libros parecen la relacion de los trabajos de Hércules, pues el viajero, que comenzó por confesarse y hacer testamento, casi siempre estuvo en pie de guerra con hombres, elementos, inclemencias y necesidades, durmiendo infinitas veces al sereno, yunando sin ser cuaresma, y pasando mucha mala ventura.

Uno y aun dos siglos despues de la época de este viajante, que pertenece á la Edad Media, seguian las cosas en el mismo ó peor estado. No se diga de la dificultad y tardanza de las comunicaciones. Un viaje de Londres á París que hace hoy cualquier obrero en nueve horas y media, costó cinco dias al duque de Buckingham. En la misma novela de la *Española Inglesa*, ya citada, se habla de una carta escrita en Londres, que llegó á Sevilla cincuenta dias despues de su fecha, trayecto que hoy recorren en cuatro: y en su *Gitanilla* refiere Cervantes, que don Francisco de Cárcamo, dándose prisa por ver á sus hijos, tardó quince dias en llegar de Madrid á Murcia, que era correr en aquellos tiempos. Por de contado, que en la época á que nos referimos, cualquier nacion de Europa era mas volandera y correntona que la inglesa, la cual continuó en su aficion á vivir encastillada en sus islas hasta el presente siglo, segun era la ignorancia en que todavía á sus principios estaba sumida frente al resto del linaje humano, carácter, costumbres, maneras y civilizacion de los pueblos; pero como por ensalmo, se trocaron los frenos, y de caseros pasaron á salirse de sus casillas: de concentrados á expansivos, de indiferentes á curiosos, de sedentarios á correntones y de domésticos á cosmopolitas.

En ninguna nacion es hoy tan crecido el número de personas que se lanzan á correr el mundo por motivos tan puramente personales y egoistas como en Inglaterra. Mueve á los unos, el deseo de completar su educacion; á los otros, el de huir de su sombrío y melancólico suelo; á estos, el afan de pasar por ricos; á aquellos, el de emplear de alguna manera el tiempo que ociosos gastan; á esotros, la ley imperiosa de la moda, y seguramente á la mayor parte esa pasion por impresiones á vista de bellos paisajes, maravillas de la naturaleza y monumentos del arte, de que profesan ser avidos y obligados admiradores, como creyendo parte integrante del sér civilizado el culto á todo lo grande y bello, aunque su disposicion artística y capacidad de sentir la belleza sean nulas y su fibra poética seca como un esparto. Nada pinta mas al vivo este fanatismo místico y contemplativo como la anécdota que se refiere de un chusco, que á vista de un cuadro representando una perspectiva de los Alpes, celebrado de todos por su verdad, observó que faltaba una cosa indispensable.—¿Cuál? preguntaron sorprendidos los paisajistas.—Un inglés estático, respondió. Esta palabra, denominada *mania-montés*, porque descuella por su inclinacion á las montañas, les ha hecho recorrer las mas celebradas partes del mundo, sin dejar picos, mares, picos, cumbre, llano, falda, selva, bosque, tano, islas, volcanes, desiertos ni abismos que no hayan subido, hollado, penetrado, recorrido, observado, navegado, trepado, descendido, curioseado y descrito con una perseverancia á veces tan pueril como digno de mas alto objeto; pero el inglés, extraño y escéntrico, cree que es alta empresa el morir como Fabila comido de los lobos, desgarrado por un volcan, ó que se diga en los anales curiosos: tal dia se despeñó un viajero de tal roca y rodó ó seis mil pies cabeza abajo por atentar su peligroso ascenso, cual sucedió en el pasado año á los excursionarios de los Alpes en el temido *Matterhorn*.

Si alé salvo, el edificio de la vanidad se corona con escribir, en volviendo á casa, un libro voluminoso de sus aventuras y sufrimientos, con un arte especial, que sólo el inglés posee, para dar importancia á las cosas mas triviales y poner su personalidad de relieve, cual si fuera el héroe de un romántico poema, y no olvidando describir todos los escenarios, salidas y puestas de sol y raptos é impresiones que ha sentido desde que salió del puerto inglés. Esta especie de viajeros *geo-philos*, indígenas del británico suelo, es propia de los modernos tiempos y ha fatigado las prensas y plagado las bibliotecas con un género de libros soporíferos, monótonos y abominables, en los cuales no se aprende otra cosa sino á conocer hasta donde llegan la presuncion y la vanidad humanas. En lo antiguo, dominaba á los viajeros otra suerte de pasiones é intereses y con dificultad se encuentra en sus obras un pasaje en que den rienda suelta á sus inspiraciones ó sentimientos en presencia de un valle, un arroyuelo, una cascada, un brillante orto ó un lánguido ocaso, aunque bien pudieran hacerlo, y con mas aprovechamiento que autores que, para serlo, no tienen mas título que el poseer fortuna, y la desgracia de que el demonio les ponga en las mientes la idea de escribir para el público.

No es esto decir que falten en Inglaterra viajeros como Herodoto, Pausanias y Strabon, ó como Tales, Platon y Pitágoras de cuyas escursiones por lejanas y estrañas tierras tanto fruto sacaron los hombres; sino que diez y nueve vigésimas partes de los ingleses que viajan y escriben sus expediciones, no tienen otro objeto que el amor propio de verse en letra de molde. En ya lejanas épocas, la emulacion nacida del ejemplo de los españoles, venecianos, portugueses y genoveses y otros navegantes que se habian lanzado á exploraciones arriesgadas de ignotas comarcas, les hizo seguir sus huellas para equilibrarse y competir con ellos en estension de poderío y de comercio. Los viajeros iban armados de patriotismo y afanosos de servir á la ciencia y de alcanzar justo renombre por su arrojo y perseverancia en los peligros. La parte del mundo civilizada era muy pequeña en comparacion con las regiones desconocidas y salvajes, y los aventureros que se empeñaron en esta noble empresa ciertamente hicieron un gran bien á la humanidad, acelerando el progreso de razas diversas que han de componer algun dia la gran familia humana. Los anales de estas expediciones interesarán siempre por su magestuosa sencillez y la sóbria descripcion de maravillas. Desde Marco Polo hasta Speke, el público se ha visto sorprendido con títulos de libros de descubrimientos pasmosos, y apenas es definible su sorpresa al leer que este dá cuenta de las tierras é imperio del preste Juan de las Indias; aquel, como Roger Coverté, una «verdadera y casi increíble relacion del descubrimiento del gran Mogol, príncipe desconocido á la nacion inglesa;» es otro, la noticia de un nuevo continente, y estotro el hallazgo del misterioso origen del sacro Nilo. A esta série pertenecen y la honraron casi en nuestro tiempo, Willoughby, que fenece en la Siberia con sus compañeros; Francklin, que con los suyos espira entre los hielos del Polo; Mungo Park, que con su tripulacion muere ahogado en el Yaour; Mackenzie y sus amigos muertos en las aguas del Ruu; Livingstone, que sucumbe en el interior de Africa bajo el hacha del Mafite; Leichardt, cuyas huellas aun descubren los exploradores en las cortezas de los árboles; Burke, muerto despues de atravesar el continente austral; Wills, que sólo en el desierto, falleciendo de hambre, escribe con mano débil las últimas notas de su diario; y Clapperton, Houghton, Ricardo Lauder, los capitanes Tuckey, Peddie y Laing, los doctores Oudney, Morrison y Dickenson, Burrup, Sudamore y Speke, viajeros, misioneros y sábios, que ya con sus trabajos, ya con sus vidas, sellaron su devocion y entusiasmo, formando la primera y mas ilustre categoria de aventureros.

Tras esta viene la de aquellos que, no con tan grandes sacrificios ni altos móviles, pero todavía deseosos de ser útiles, combinaron sus gustos propios con el interés ajeno y público, corriendo paises, ya geográfica pero no moral, política ni socialmente conocidos, con ánimo de estudiarlos y dar á luz sus observaciones y el relato de sus aventuras personales, llenas de cierta novedad en tiempos en que pueblos y razas tenian escasa ó ninguna correspondencia. Esto hicieron Coxe en Noruega, Pockocke en Egipto, Shaw en Berberia, Richard en Turquía, Roe en el Gran Mogol, Smith en la América del Norte, Hamilton en las indias orientales, Maine en las tribus de la América central y meridional, y varios otros cuyos trabajos coleccionó Pinkerton, sin contar con los sabios que imitaron á Chardin y Champollion en sus investigaciones, á Humboldt y Sausure en sus estudios. Esta segunda série es menos importante y sus relaciones son siempre instructivas y curiosas.

El campo abierto á la actividad, energía y aficion de los ingleses con tales precedentes era inmenso é inagotable. Los medios de fortuna, la ilustracion general en cierta clase y la ventaja de disponer de tiempo y espacio suficientes, inclinaron á muchos á imitar su ejemplo, aunque en menor escala, recorriendo paises

ya conocidos, descendiendo á mas minuciosos detalles, estudiando los pueblos bajo nuevos aspectos, principalmente bajo el político, y no descurriendo el elemento subjetivo y personal, que daba á cada relacion de viajes un tinte original y característico. Aunque estos viajeros no fuesen sábios como los antiguos filósofos que por amor á la ciencia hiciesen sus escursiones, creian que por lo menos la fiel y exacta relacion de las cosas que veian y la pintura de las costumbres, hacia conocer mas el corazon humano y ensanchar la vida y la imaginacion de los lectores, y casi con verdad podia decirse, que desde hace tiempo y bajo el punto de vista de originalidad y de instruccion, poco se habia adelantado en estas exploraciones, comenzando á ser los libros de viajes un tanto monótonos y pueriles, si ya no era que de vez en cuando aparecian especialidades de viajeros como Humboldt, Sausure y Layard, ó se organizaban oficialmente expediciones científicas con uno ó múltiples objetos.

Luego que la facilidad de las comunicaciones hizo menos espuestos y costosos los viajes, los ingleses, que en correr aventuras habian superado á todos los europeos, no se quedaron atrás, y entonces, la necesidad mas que el gusto, dió origen á una nueva biblioteca de viandantes, árida, prosáica si se quiere; pero útil y efectiva á no dudar, y mas necesaria al moderno viajero que el hilo de Ariadna en el laberinto. La rapidez de locomocion convidó á cortas expediciones, en las cuales el peregrino no tenia lugar ni tiempo de hacer experiencias ni estudios por sí mismo, sino que necesitaba valerse de las experiencias y conocimientos ajenos, propuestos en forma concisa y práctica, y esto dió margen á la guia ó manual, libro de viajes enteramente nuevo, original y característico, compilacion completa de cuanto es útil y provechoso al conocimiento é interés particular del viajero. El opulento editor John Murray, desde su trono de Albemarle Street, como se ha convenido en llamar á su oficina, inundó á Inglaterra con sus manuales, y no puede negarse que hizo un gran servicio al gran ejército de *touristes*. Las guias de Murray son, cual dirian los franceses, *effrayants d'érudition utile*, prodigios de observacion detallada, minuciosa, práctica y fiel, y conservando la parte fundamental y permanente de instruccion histórica local, las diversas ediciones responden con sus correcciones y aumentos al movimiento reformador y progresivo de los pueblos, renovándose y remozándose y apareciendo eternamente jóvenes cada vez que pasan por los cilindros de la prensa. Unas cuatrocientas ediciones de manuales completos para viajar por Francia, España, Italia, Grecia, Alemania, Suiza, Hungría, Rusia, Palestina y otros paises, muestran la demanda y el entusiasmo de los ingleses por escursiones recreativas. Por de contado, la corriente de peregrinos varió de curso caprichosamente y sin sujecion á ninguna ley racional de movimiento, si ya no eran la de la moda, el imperio de la rutina ó un espíritu de servil imitacion. Epocas hubo en que el Oriente les atrajo y se puso de moda atravesar el desierto, viajar en camellos, formar caravanas, y escribir de pirámides, esfinges, y geroglíficos, describir tribus de beduinos y ponderar misteriosos *mirages*. Epocas en que se puso de moda *faire le Nile*, visitar los lugares Santos, la Persia ó la Turquía. Otras en que predominaron el sentimiento clásico y las reminiscencias helénicas, y Roma y Atenas fueron invadidas por curiosos. Otras en que reinó á su turno el sentimiento poético, y se dieron la cita para las montañas de Suiza, las playas de Nápoles, los Tartesios campos, los canales de Venecia ó las riberas del Arno, y otras en fin, en que la moda los desparamó en los sacros lugares higiénicos, de aguas maravillosas de virtud nuevamente descubierta, y se vieron inundadas de viajeros [Baden-Baden, Spá, Wiesbaden, Töplitz, Plombieres, Luchon, Niza, sin olvidar el famoso curso del Rhin por complemento de escursiones veraniegas. Pero donde mas alto frisó la locura fue en los valles, lagos y montañas de la Suiza y Saboya. La *mania-Simplon*, la *demencia-Mont-Blanc* y el *delirio-Chaumonti*, fueron achaques, que, si modernos Hipócrates no estudian y colocan en la lista de estrañas enagenaciones mentales, pueden hacer cuenta de que pierden la mejor ocasion de enriquecer la ciencia de Esculapio. Esta enfermedad, en su período agudo, rompió en la formacion del *Club-Alpino*, situado en *Trafalgar Square*, asociacion de *virtuosi* á la que nadie puede pertenecer á menos que no presente cierto número de narraciones descriptivas de sus ascensos y descensos por los Alpes, ó certifique, como mejor pueda, su frenesí y aficion á los ventisqueros y aludes, condicion *sine qua non* para presentarse candidato. La pintura de perspectivas apenas llegó *usque ad nauseam*, pudiendo formarse una biblioteca con sólo los partos de ingenio de los ingleses á quienes contaminó la *grippe* literaria de reseñar la Suiza. De las descripciones sesudas de antiguos viajeros hechas con estudios preparatorios y largos años de observacion y experiencia en los paises que reseñaban, se pasó al extremo opuesto de expediciones de quince dias ó una semana, creyendo los autores que bastaba subir á una cumbre ó trepar por un pico y



EL ARADO.

referir cómo y cuándo emprendieron la ascension, los frios é incomodidades que sufrieron y las horas que gastaron, para tener el derecho del público. Menos malo al fin, cuando se trata sólo de montañas y nieves y panoramas deliciosos, sin entrometerse á juzgar del carácter y costumbres de los moradores. Y caso raro, la Suiza ha tenido entre los expedicionarios el mismo privilegio que entre los políticos. Todo es bello, admirable, ejemplar entre los helvecios. Hasta el mismo *goitre* ó tumor que afea sus gargantas, es una belleza, y el *cretinismo* un don admirable. Los ingleses, á imitacion de los mercaderes toledanos que toparon con Don Quijote, estuvieron tan de parte de la Suiza, que aunque la realidad les mostrase imperfecciones, las habian de tomar por escelencias.

(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ DE BENJUEA.

### EL ARADO.

El hermoso dibujo adjunto que representa la operacion agricola del arado, es obra de Ortego, cuyo lapiz ha demostrado que si sabe reproducir las escenas cómicas, no es menos feliz intérprete de los bellos y solemnes cuadros de la naturaleza.

Antes de que llegue la época de la sementera, el labrador necesita preparar convenientemente la tierra, nivelarla todo lo posible para que las aguas no se lleven el grano, removerla, desmoronarla, mullirla, limpiarla de yerbas y malezas perjudiciales, quemar el rastrojo, y abrir el surco donde ha de caer la semilla y permanecer hasta que, roto por la fuerza vital el velo que la oculta durante la gestacion, aparezca trasformada y sirva á su vez, con el tiempo, para perpetuar la planta.

Desde el momento en que el labrador da principio á esta importante faena, hasta que el grano entra en la traje; ¡qué de esperanzas, qué de temores, cuántas alegrías y cuántas tristezas no agitan el espíritu del hombre de los campos! Porque al depositar el grano en el surco, no es el temor de su pérdida material lo que afecta al agricultor que, sufriendola, pudiera causarle algunas privaciones; es que casi siempre, y mas en nuestro pais, por circunstancias cuya esplicacion nos conduciría muy lejos, es que casi siempre, repetimos, una mala cosecha significa el hambre, la miseria, la enfermedad, en una palabra, la ruina completa de la familia. A evitar esta desgracia deben tender el individuo por una parte, y por otra las corporaciones municipales, ya fomentando la instruccion, ya combatiendo la rutina y las prácticas viciosas, por medio de la aplicacion de los útiles inventos, muchos de ellos de escaso coste, que en otras naciones contribuyen tanto al desarrollo de la riqueza particular y de la prosperidad pública.

A.

### KASSAI, PRINCIPE DE TIGRÉ, EN ABISINIA.

El príncipe Dejajmatch Kassai, como gobernador de Tigré, es uno de los hombres mas importantes de Abisinia. Cuando el poder de Teodoro comenzó á declinar, Kassai empezó á usar los títulos de su formidable enemigo; se sirvió de una copia del sello real de Teodoro con el leon de Judá, y se dió á sí mismo el nombre de Cabeza de los jefes de Etiopia. Al presente podrá tener unos veintiseis años; es de pequeña estatura, delgado, y su fisonomia indica evidentemente que no posee una inteligencia muy elevada. Se teme que sea demasiado humano, pero ciertas circunstancias que concurren en él, le darán un ascendiente real y verdadero sobre los jefes de Abisinia. Un príncipe poderoso que conservara la paz y estableciera el orden en Tigré, no sólo desarrollaria el comercio de la provincia, sino que ejerceria su influencia en toda el Africa septentrional y produciria un beneficio inmenso en aquellos paises medio bárbaros. Con este objeto, sir Roberto Napier aconsejó á Kassai y á los jefes que iban con él que no siguieran un sistema agresivo, sino que se mantuviesen con firmeza en la defensiva, y como se le han dejado armas, es de esperar que pueda sostener esta posicion independiente dando por resultado la paz y la estabilidad del gobierno. En el retrato que publicamos en este número de *El Museo* el príncipe está representado con el *shama* ó manto que lleva la clase elevada del pais y con el pelo como acostumbra-



bran á llevarle con mas frecuencia en Abisinia.

El principe Kassai se presentó el 25 de mayo en Senafé para hacer una visita á sir Roberto Napier. En aquel dia se celebró entre ambos una entrevista privada; y al dia siguiente hubo una fiesta pública, en la que se hicieron algunos regalos y se anunció que se entregarían al principe unas ochocientas cañones y morteros. Al otro dia, se le invitó á ver trabajar á la brigada naval encargada de los cohetes. Este cuerpo se organizó bajo las órdenes del capitán Fellowes del buque *Dryads*, de la marina real inglesa. Su armamento consistia en doce tubos para los cohetes; cada tubo puede llevarse sobre una mula con dos cajas de municiones. Pocos segundos despues de darse la órden de prepararse para la acción, los tubos están dispuestos para empezar el fuego. Como estos tubos pueden trasportarse con tanta facilidad, su uso en las guerras en paisos montañosos es muy natural; y en la campaña presente han sido muy útiles. En Arogi, estós ruidosos proyectiles produjeron gran consternación entre los que seguian á Teodoro, y en el ataque de Magdala fueron igualmente eficaces. La brigada ganó tal reputación y su fama se extendió tanto por toda Abisinia, que Kassai deseaba con la mayor ansia ver estos terribles elementos de destruccion. La brigada escogió un punto elevado sobre una roca desnuda, lo cual es notable en el paisaje de Senafé, y dirigió sus fuegos á este punto. Sir Roberto Napier condujo á Kassai por la mano á aquel sitio y le explicó lo que eran los cohetes y cual su acción. Los principales jefes de Tigré estaban allí y todos manifestaron la mayor admiración por lo que veian; en efecto, causaba asombro ver con qué precision caian los cohetes en el punto elegido. Allí se hallaba entonces el conde de Mirasol con otro comisionado español, los cuales hacia poco tiempo que habian llegado al campo inglés, y manifestaron tambien su admiración por la precision de los fuegos de la brigada naval.



CASSAI, PRÍNCIPE DE TIGRÉ EN ABISINIA.

El comandante en jefe del ejército inglés permaneció cuatro dias en Senafé hasta que marchó con la última columna. Se enviaron delante todas las tiendas y bagajes y sólo quedaron una pequeña escolta del regimiento número cuatro y los belutchis, con dos cañones del tren de artillería de montaña. Kassai y sir Roberto Napier iban á la cabeza de este pequeño destacamento, y continuaron así á caballo hasta una milla con corta diferencia del punto que divide el territorio de Abisinia del de Turquía. Al separarse los ingleses de Kassai y de los jefes que les acompañaban, hicieron salvas con sus carabinas de Snider como tambien

con los cañones de montaña. Sir Roberto Napier estrechó entonces la mano de Kassai y le manifestó su deseo de que Dios le guiase y le diese la prosperidad para bien suyo y de su pueblo. Un momento despues, el comandante en jefe del ejército inglés pasó el límite, y no habian trascurrido cinco minutos cuando todas las fuerzas inglesas habian salido del territorio de Abisinia.

En las frecuentes entrevistas que sir Roberto Napier ha tenido con el principe de Kassai ha tratado siempre de darle los mejores consejos para el porvenir, principalmente con el objeto de conservar la paz en el pais. El tiempo nos manifestará si estos consejos dados con tan buenas intenciones, han producido los resultados que son de desear. M.

NOVELAS  
Y CUADROS DE COSTUMBRES.

LA ULTIMA ENAMORADA.  
(CONTINUACION.)

Al regresar á nuestra casa, nos esperaba en ella uno de los primeros médicos de Madrid, que despues de reconocermelo cuidadosamente, me prescribió un plan curativo; y finalmente, experimenté de improvisouna transformación, que me hizo recordar sonriendo, la de la Puerca cenicienta.

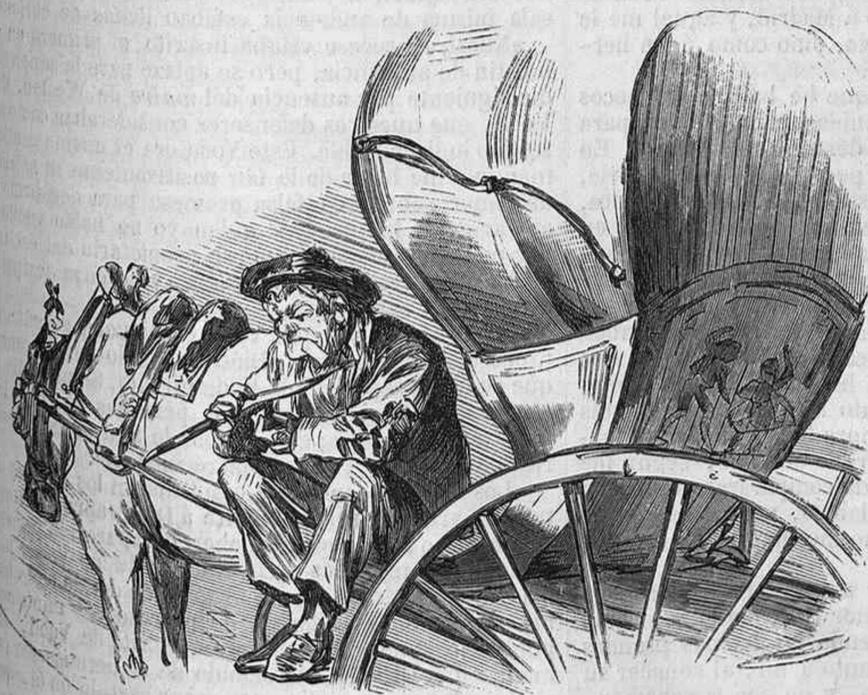
Antes de pasar adelante, continuó Carmen, echándome una cariñosa mirada, debo decir á usted que durante mi permanencia en Madrid y siempre que pasaba por sitios concurridos, he procurado ver á usted; que en los breves dias felices de que he gozado, me faltaba alguna cosa, y esa cosa, perdóneme usted la frase, era usted; pero no sabia dónde encontrarle.»

Una tos seca y ronca interrumpió á la hermosa niña, y entonces yo la rogué que suspendiese su relato hasta otra ocasion:

—No, amigo mio, no, dijo, mi padre debe volver pronto y como rara vez se separa de mí, es preciso aprovechar estos momentos.

—Carmen continuó:

PASEO DE LA FUENTE CASTELLANA.—POR EL COCHE, FACHA Y TRAJE, SE CONOCE AL PERSONAJE.



¡Oh tempora! ¡Oh mores!

De retorno del último viaje.

«Quince días pasaron en esta nueva luna de miel, y sería enojoso decir á usted los cuidados y distracciones de que me rodeó mi padre. Yo me hallaba cada vez en mejor estado y me entregaba con delicia á los goces que mi nueva fortuna me proporcionaba. Verdad es, que en algunos momentos recordaba como con sentimiento mi vida de porquera, pasada toda en la contemplación de la naturaleza; pero como si la fortuna que entonces me sonreía, hubiera querido compensarme de la pérdida de mis queridos campos, todos los días al abrir mis balcones me mostraba un panorama bello y encantador.

Habitábamos en una casa de la calle de Bailén y desde nuestro cuarto, en el segundo piso, se dominaba la parte mas pintoresca de los alrededores de Madrid.

A la izquierda, lejanos pueblecillos, tendidas praderas que se confundían en el límpido azul de un cielo incomparable; á la derecha, los nevados picos de Guadarrama: ya mas cercanos, las arboledas y los estanques de una posesion Real, y finalmente, en primer término, las mansas aguas del rio, que brillan entre sombras de follaje...»

## IV.

El ruido de un carruaje que se aproximaba á la quinta, interrumpió á la linda narradora, y habiéndome yo asomado al terrado, ví al padre de Carmen en compañía de otro caballero.

En breves instantes los dos recién llegados se presentaron en la sala.

Don Lorenzo, (asi se llamaba el padre de la hermosa enferma) le presentó al médico en que fundaba sus últimas esperanzas.

Cármén le saludó afablemente, y se dejó examinar por él, sonriendo con tristeza. Durante este exámen, el desgraciado padre miraba con ansiedad al facultativo, como si quisiera leer en su rostro sus mas recónditos pensamientos; pero el semblante de éste permanecía impassible; la costumbre le habia hecho dominar sus impresiones, y sólo contestó á nuestras preguntas con frases ambiguas, pero cuyo significado comprendí demasiado bien.

A este tiempo oímos el trote de un caballo, y poco despues, una tercera persona apareció en la sala.

Era un jóven de veinte á veinticinco años, de agradable figura, sencilla y elegantemente vestido, y de los mas distinguidos modales. Cármén, al verle, lanzó un grito de gozo, y don Lorenzo le estrechó en sus brazos.

—¡Santiago, hijo mio! exclamó, no te esperábamos tan pronto; tu venida es de buen agüero; ella va á traer la felicidad á esta casa.

—No sería yo entonces el menos dichoso, dijo el recién llegado, devolviéndole sus abrazos. Despues nos saludó cortesmente, y se acercó á Cármén, que le dió la mano.

En la mirada que el jóven echó á la pobre niña, adiviné su amor, y el profundo pesar que su vista le causaba. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, logró disimular sus temores, y le habló con desembarazo y alegría. Ella le escuchaba con mucho placer, y la conversacion de Santiago (asi le llamaré desde ahora) llena de chiste y de gracia, y en la que yo tambien tomé parte, nos distrajo agradablemente durante un rato.

Un criado anunció que la mesa estaba cubierta, y todos nos trasladamos al comedor.

Don Lorenzo y el médico se sentaron juntos; Santiago y yo á uno y otro lado de Cármén.

—¡Qué contenta estoy! exclamó ésta entonces, ya nada nos falta, y vamos á pasar unos días muy felices, porque usted, añadió dirigiéndose á mí, no nos dejará ¿no es verdad? Mi padre ha rogado á usted que se asocie á nuestra vida campestre, y supuesto que en el pueblo no tiene parientes ni ocupaciones, espero acceda usted á los antojos de una enferma, que no los tendrá mucho tiempo, repuso en voz que yo solamente pude oír.

Estas palabras me causaron una impresion dolorosa, que Santiago adivinó, á lo que entendí, por la triste mirada que cruzó con la mia.

El resto de la comida pasó alegremente, al menos en apariencia; Don Lorenzo, á quien el médico habia dado algunas esperanzas respecto á su hija, estuvo alegre y decidior; el facultativo era un hombre lleno de talento que nos contó, con suma gracia, anécdotas chismográficas de Madrid; Santiago nos habló de muchos países de América que habia visitado; y en cuanto á mí, me hicieron recitar varios sonetos de nuestros primeros poetas. Pero sobre todo, Cármén estuvo admirable. ¡Qué gracia, qué ingenuidad, qué ideas tan poéticas brotaban de sus labios! ¡cómo nos conmovia el dulce timbre de su voz! Al verla hacer los honores de la mesa con tanto desembarazo y tan perfecta finura, no podia acostumbrarme á creer que fuese la pobre porquera de otro tiempo.

Insisto en estos pormenores, porque esta reunion tenia algo de sombría, por lo mismo que en ella reinaban, al parecer, el contento y el bienestar. Esceptuando á Don Lorenzo, que procuraba creer, y tal vez creia, con la ceguedad de la esperanza, en la curacion

de su hija, todos los demás admirábamos con dolorosa atención á aquella pobre niña, tan jóven y tan bella, que moria entre los goces del mundo, que hubiera podido disfrutar tanto tiempo. Yo, principalmente, recordando las tristes palabras de Cármén, experimentaba un pesar indecible, al observar los esfuerzos que la enferma hacia para olvidar la sentencia de muerte que sobre ella pesaba. Y luego... viendo á aquel padre adormecido durante un momento en sus ilusiones de felicidad; quién no hubiera temblado al considerar los desgarradores tormentos que le reservaba el porvenir?

La comida acabó; el resto de la tarde lo pasamos en el jardín de la quinta, que era muy vasto, y estaba entonces en toda su hermosura, y al llegar la noche nos trasladamos al cuarto de Cármén, donde permanecimos hasta las once.

Como en la relacion que la interesante jóven me hizo por la mañana, habíamos hablado del restablecimiento casi completo de su salud, estaba impaciente por saber las causas que motivaron su recaída, hasta el punto de reducirla al estado en que se hallaba: asi es que no pude conciliar el sueño en toda la noche, y no bien amaneció, bajé al jardín á gozar de la frescura de aquella mañana de junio.

En el jardín encontré ya al médico, que examinaba atentamente una estufa llena de flores y plantas raras, y aproveché la ocasion de preguntarle su pronóstico acerca de la enferma.

—Está mala, muy mala, me contestó mirando al mismo tiempo un magnífico nenúfar; yo no he querido afligir al padre; pero es preciso que poco á poco le vayamos preparando. Ningun poder humano puede salvar á esa pobre niña; y lo peor es, que ella lo sabe, diferenciándose en esto de la mayor parte de los enfermos de su clase, á quienes sorprende la muerte formando proyectos para cuando recobren la salud.

Yo iba á contestarle; pero mirando hácia la quinta, ví á Cármén, que desde una ventana me hacia señas con un pañuelo. Inmediatamente me aproximé á aquel sitio, y viéndome cerca, la linda jóven exclamó: —Espéreme usted; ya bajo.

Con efecto, á pocos instantes la ví descender por una escalinata que desde las habitaciones principales conducen al jardín, y habiendo corrido á su encuentro, en breve estuve á su lado.

—¿Por qué sale usted tan temprano? la dije; el frio de la mañana puede hacer á usted daño.

—¿Qué importa, amigo mio? cuando un reo está condenado, hace impunemente cuanto se le antoja.

—¡Cármén!  
—Además, vengo bien abrigada, no tenga usted cuidado.

Yo la dí el brazo en silencio. Cármén me llevó á una plazuela, en donde habia varios bancos de madera; y se sentó en uno, indicándome que ocupara un lugar á su lado.

—Mi padre y Santiago duermen todavía, dijo, considero á usted deseoso de saber el fin de mi relato, y es preciso aprovechar los instantes.

Y tapándose bien con un pañuelo grande que llevaba puesto, comenzó de esta manera.

## V.

«Ya conoce usted á Santiago, por lo que me creo dispensada de enumerar sus buenas cualidades, y sólo diré que su corazón es mucho mas bello que su figura. Inmensamente rico, de noble familia, y perfectamente educado, brilla siempre en todas partes por su exquisita elegancia y por la gracia de su conversacion, Mi padre le conoció en Italia, y desde entonces le quiere con entrañable afecto.

Quince ó veinte días despues de haberme reunido con mi padre, llegó Santiago á Madrid, y aquel me le presentó, no como á un amigo, sino como á un hermano á quien debia amar.

Yo le amé, en efecto, porque he hallado en pocos hombres tantas ventajas reunidas, y porque era para mí muy fácil acceder á los deseos de mi padre. En cuanto á Santiago, ignoro el por qué, así que me vió, concibió por mí la pasión mas acendrada, que nunca, desde entonces, se ha desmentido. Verdad es, que en aquel tiempo, estaba yo en muy distinto estado que ahora. La felicidad de haber recobrado á mi padre, la salud que de día en día me animaba, y las galas de que mi natural orgullo me hacia cubrirme, me embellecían de tal modo, que francamente diré á usted que aun á mí misma me parecia hermosa. Sin embargo, el amor de Santiago, es tanto mas apreciable á mis ojos, cuanto que él, que siempre ha vivido en los mejores círculos, no ha encontrado en ellos, segun me ha dicho, una mujer que pueda compararse á lisonja que no lo es al salir de sus labios, pero á la que yo no doy mi asentimiento, como me hará usted la justicia de creer.

Me amó, pues, Santiago, y no tardó en declarármelo á mi padre, á quien este amor llenó de gozo, como se puede usted figurar, sabiendo las buenas prendas del distinguido jóven. En cuanto á mí, al conocer su pasión, creí participar de ella, y no con la vehemencia con que en otro tiempo habia sentido este afecto, causa de todas mis desdichas (y Cármén suspiró), sino

con un sentimiento mas tranquilo, exento de ese arrebato de mi corazón; de modo, que al hablarme mi padre de las esperanzas de aquel respecto á mí, no opuse objeción alguna á sus proyectos de matrimonio.

Santiago ya me habia declarado su amor, con tanta vehemencia, con tanto respeto, con tan viva ansiedad, que mi corazón conmovido al contacto de aquella pasión tan verdaderamente sentida, recobró, al parecer, el fuego y la necesidad de cariño que han sido desdichados amores y del hombre que tan cruelmente habia pagado mi ternura, me atormentaban aun; pero sin amargura ni violencia, como la memoria de un sueño penoso y nada mas... así al menos lo creia yo entonces... ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que no me hubiese equivocado!

—¿Cómo, Cármén! la interrumpí sin poder contenerme, ¿será posible? ¿Amará usted aun?...

—¡Oh! perdóneme usted, amigo mio, perdóneme ¡soy tan desgraciada!

Y sollozando se cubrió el rostro con su blanco pañuelo.

Al verla en aquel estado, recordé estos dos versos de un poema:

*¡Un corazón valiente y generoso  
Sólo á amores de muerte dá cabida!*

Y disculpé el funesto extravío de un alma, afortunadamente sin igual.

(Se continuará.)

F. MORENO GODINO.

## AVENTURAS DE UN ABOLICIONISTA DEL KANSAS.

EN EL MISSOURI (ESTADOS-UNIDOS) EN 1855.

(CONTINUACION.)

LA PRISION DE SAN JOSÉ.—EL PROCESO.—NUEVO CAUTIVERIO.—CONDENA.

En Weston se detuvieron cosa de media hora; la multitud acudió, segun costumbre, á insultar á los abolicionistas, concluyendo por ofrecerles un vaso de grog, que rehusaron durante el viaje; los hombres á caballo de la escolta, que marchaban delante, avivaban su paso, y los habitantes salían á verlos. Los caminos estaban casi intransitables, y hasta la noche no se llegó á San José.

La cárcel, vieja construccion de ladrillos de un solo piso, está situada en el centro de la ciudad, y una empalizada, de doce pies de alto, rodea el patio en que se halla el edificio destinado á los presos. Mientras madama Doy era conducida á una fonda inmediata, el sheriff del condado de Buchanan recibió á los presos y los dejó en poder del carcelero, un tal Broncon, natural del Kentucky. El doctor, á quien molestaba mucho la hinchazon de los tobillos y de las muñecas, pidió por favor que se le quitaran de noche las cadenas, pero no pudo conseguirlo, porque el sheriff, temiendo siempre alguna tentativa para libertar á los prisioneros, habia mandado que no se les quitaran.

Luego que fue de día, el doctor y su hijo observaron que estaban encerrados con otros nueve individuos, acusados ya de homicidio, ya de robo; uno de ellos era un falsario. Solamente los dos abolicionistas llevaban cadenas.

«Nuestros abogados MM. Shannon, Davis y Spiatt, dijo el doctor, se reunieron allí para deliberar, y luego que el carcelero nos hubo quitado las cadenas, nos condujeron al palacio de justicia. Las calles y la sala misma de audiencia estaban llenas de curiosos.

«Nuestro proceso estaba inscrito el primero en el boletín de audiencia, pero se aplazó para la sesión del día siguiente por ausencia del *maire* de Weston, Mr. Wood, que nuestros defensores consideraban como un testigo indispensable. Este Wood era el mismo gentleman que me habia dado tan positivamente su palabra de honor sobre una falsa promesa para decidirme á entrar en el buque, y á quien yo no habia vuelto á ver mas. Pretendia el tal ser propietario del esclavo Dick, encontrado en mi furgon, y de cuya desaparicion se nos acusaba.

«Al otro día, aunque Wood continuaba ausente, el proceso siguió su curso. Dióse principio por mi causa, que se habia separado de la de mi hijo. Se procedió al nombramiento de los jurados, personas bastante leales en apariencia; casi todos de San José. El juez Norton presidia. Yo me declaré inocente.

«Los testigos contrarios confirmaron los detalles de nuestro arresto; relativamente á Dick, afirmaron que este esclavo, despues de haber desaparecido por espacio de algunos días de casa de su dueño Wood, habia sido encontrado en mi furgon, de donde se le habia sacado sin otra forma de proceso. El ministerio público produjo una declaracion escrita de Wood, afirmando que Dick habia recibido de él permiso para ir al Kansas con su violin para sacar partido de él, que no habia vuelto antes de la época prefijada, y que se le habia preso conmigo.

»Por nuestra parte, opusimos una coartada probando que yo no había venido al Missouri antes de haber sido robado por los *bordér ruffians*, y que en la época en que se me acusó de haber promovido la fuga de Dick, yo estaba en Lawrence, en mi granja, ocupado en mis asuntos particulares.

»Mis defensores hicieron maravillas y pronunciaron discursos que me parecieron magníficos. La acusación fue sostenida enérgicamente por los cuatro abogados del gobierno, entre los cuales se hallaban un general y dos coroneles; aparato formidable de fuerzas militares contra un solo y desgraciado prisionero.

«...El juez Norton se mostró justo é imparcial. En cuanto al jurado, no pudo ponerse de acuerdo. No había sido compuesto especialmente con motivo de mi proceso, y no se había podido comprometerle de antemano á juzgarnos segun los deseos de los propietarios y de los cazadores de esclavos. Yo he sabido despues que de doce jurados, once, sin pensar en las consecuencias que debía producir mi absolucion, habían osado pesar el pro y el contra, concluyendo que eran insuficientes las pruebas que se presentaban para condenarme.

»El proceso duró desde el jueves hasta el sábado por la noche. En este día, á las nueve, el juicio fué sometido nuevamente á la deliberacion de los jurados, los cuales, despues de reiterados esfuerzos para ponerse de acuerdo, no pudieron entenderse y fueron, en fin, despedidos el domingo á las dos.

»El lunes, el abogado del ministerio público que no podía pronunciar fallo condenatorio contra mí, declaró que no habiendo motivo para proseguir el proceso, mi hijo iba á ser puesto en libertad. En cuanto á mí, tenía que dar en fianza una suma de cinco mil dollars, ó permanecer encarcelado hasta el 20 de junio, plazo marcado por el tribunal para la continuacion del proceso. Yo tenía pocas probabilidades de encontrar persona que respondiese por mí, en razon á que no conocía á nadie en el Missouri. Mis amigos ofrecieron dos mil dollars en bienes inmuebles en el Kansas, como garantía para el que quisiera ser mi fiador. Nadie se presentó, porque todos temian que, auxiliándome, se les tuviese como protectores de un abolicionista. Decidíme, pues, á esperar resignado en la prision el plazo marcado, aunque este nuevo proceso no era más que una simple formalidad y todo debía ser decidido con anterioridad.

»Mi hijo regresó á Lawrence con su madre y muchos individuos de mi familia, que habían venido para servirme de testigos; fué allí con objeto de buscar la suma necesaria para pagar los gastos enormes de mi proceso.

»Mi posicion en este nuevo encierro era tolerable. Mi cuarto tenía diez y seis pies cuadrados, y una rejilla á cada lado: la una, mas alta que la empalizada, caía á la calle; por la otra, se podía ver al lejos el territorio del Kansas, del que nos separaba el rio. Mi aposento era un paraíso, en comparacion del que había ocupado en Platte-City. No nos faltaba espacio; teníamos colchones y cubiertas de cama, aunque, por desgracia, todo esto plagado de repugnantes animales, á pesar de los cuidados asiduos del carcelero y de su mujer.

»...Yo estuve casi constantemente enfermo durante mi permanencia en San José, tan enfermo, que se juzgó necesario llamar á dos médicos, porque se temía, si yo moría, que mi muerte fuese considerada como un asesinato é imputada á la gente del Missouri. En estas circunstancias, como en todas las demás, el carcelero Brocon y su mujer se portaron muy bien conmigo; me proporcionaron una cama de correas y otras muchas comodidades, contribuyendo en gran manera á mi restablecimiento.

»...El 24 de abril, se abrió la puerta de mi encierro, y vi entrar á un mulato que se dirigió á mí, y me dijo tendiéndome la mano:

—¿Cómo estais, doctor Doy?

Había en la puerta gente armada de revolvers, y temiendo yo algun lazo, respondí al interpelante mirándolo cara á cara:

—Creo que me habeis confundido con otra persona.

—¡Oh! no, respondió, os he conocido mucho en Lawrence.

Persuadido yo de que este acto era una astucia para mezclarme de algun modo en una fuga de esclavo, me dirigí á las personas que estaban en la puerta y les dije que me preguntasen ellos mismos como correspondía, si es que tenían algo que preguntarme, en vez de servirse de un pobre esclavo, humillado, envilecido y obligado por ellos á representar una farsa.

»A estas palabras, un individuo llamado Hutchinson, alto, abotagado, de pelo vermejo, que suponía ser el dueño del mulato, se presentó. Me acusó de haber hecho el daño mas grande á su esclavo, de haber despertado en él el descontento, y de haberle enseñado el camino del Kansas por mis tentativas en favor de la emancipacion de los negros. Como él me tratase, segun costumbre de sus compatriotas, de condenado ladrón de negros, originóse un altercado bastante vivo. Yo le pregunté si no era suficiente haberme arrebatado á los míos, haberme desarmado, robado, aprisionado en pais extranjero, sin venir á insultar así

en su prision á un hombre enfermo é indefenso. Abandonáronme por fin, sin haber conseguido su objeto, y encerraron al mulato en uno de los aposentos de la planta baja.

»Mi actitud en estas circunstancias fue fingida; yo conocía, en efecto, al mulato. Era Carlos Fisher, hombre libre, que había ejercido en Lawrence la profesion de barbero, y de quien los cazadores de esclavos se habían apoderado á traicion. Luego que hubo cesado todo ruido, hice entregar á Fisher una carta escrita con lápiz, pidiéndole una esplicacion de su conducta. Me respondió que sentía su modo de proceder, pero que no había podido menos de obedecer, habiéndole dictado Hutchinson el papel que debía desempeñar. Al mismo tiempo, me dió algunos detalles sobre su raptó.

»...Finalmente, el 20 de junio se abrió la sesion del tribunal del condado de Buchanan; el juez Norton presidia. A mi causa le llegó su vez al segundo día. Mis defensores eran los mismos que antes. El coronel Domphan, que ya había hablado contra mí la primera vez, era el único abogado del ministerio público, pues no cuento á un acusador voluntario de que se tratará mas adelante.

»El *maire* Vood, presente á la sazón, se limitó á repetir de viva voz su declaracion escrita relativa al esclavo Dick. Como yo había hecho algun tiempo antes de mi arresto, un viaje á Holton, la acusacion se dirigia á probar, que en esta escursion, me había yo propuesto sembrar el descontento en el espíritu de los esclavos. Mis abogados me defendieron elocuentemente; por lo demás, no tenían otra cosa que hacer sino defender la verdad. Pero el juez, resumiendo su apreciacion, encontró que el jurado podía declarar la culpabilidad en vista de los hechos enunciados; por su parte, se mostró justo é imparcial en sus decisiones é instrucciones.

»El acusador voluntario á que ha aludido, era el honorable James Creugh, miembro de la asamblea federal, representante por el Missouri del Oeste. Por un motivo que ignoro, tal vez para hacerse popular, se mostraba muy interesado en mi causa, procediendo como un intermediario entre el abogado del gobierno y el jurado. Agitábase sin cesar de un lado á otro, esponiendo sin duda á cada uno las razones que creía propias para ejercer alguna influencia en sus decisiones. Si su fisonomía no hubiese denotado su malevolencia, hubiera sido divertido el verle, presuroso, hablar á un jurado, luego á otro, y en el calor de sus argumentos levantar el dedo, que sacudia á la altura de su cara. En ningun Estado del Norte se hubiera tolerado semejante intervencion.

»Quizá las razones emitidas por el honorable miembro del Congreso produjeron efecto, porque despues de haber deliberado durante un día y una noche, y de haber sido en todo este tiempo accesibles, á la hora de comer, á cuantos querian hablarles, los jurados me declararon culpable, á pesar de la ley y de la evidencia, condenándome á cinco años de prision y de trabajos forzados en la penitenciaría. Mis defensores firmaron una lista de objeciones, y pidieron que se les permitiese apelar de la sentencia al Tribunal Supremo, lo cual les fue concedido. La sentencia fue, pues, pronunciada, pero la ejecucion quedó aplazada hasta que fuese conocido el resultado de nuestra apelacion.

(Se continuará.)

DOCTOR JOHN DOY.

## HIGIENE DEL MATRIMONIO

6

EL LIBRO DE LOS CASADOS.

CEREMONIAS NUPCIALES.

Entre los varios libros útiles que ha compuesto la fecunda pluma del doctor Monlau, pocos hay que en utilidad y buena doctrina aventajen á su *Higiene del Matrimonio* (1). Vulgarizado ya, como quien dice, en las familias, y consultado en los acontecimientos domésticos mas solemnes y trascendentales, su lectura ha prestado y presta á cada paso excelentes servicios, servicios que el público reconoce y aplaude poniendo á su favorecido autor en el caso de repetir las ediciones. La tercera de ellas tenemos á la vista, y, con permiso del señor Monlau, vamos á aprovechar el curioso *Album* con que la ha adornado. Consta de doce preciosos grabados, que dan todavía mayor realce á la amenidad propia del libro, grabados que se refieren á la respectiva descripcion de las *Ceremonias nupciales* usadas en doce de las principales naciones ó razas

(1) Tercera edicion: se halla á 52 reales vellón el ejemplar, en la librería de Gaspar y Roig, calle del Principe, núm. 4.

que pueblan la tierra. Esos grabados y esas descripciones son las que vamos á reproducir en nuestro MUSEO.

NORUEGA.

Los noruegos se casan con toda preferencia en invierno (porque es la época en que los labriegos se hallan mas desocupados y se viaja con mayor facilidad). Una semana antes del día de la boda, salen varios mensajeros en diferentes direcciones para convidar á todos los propietarios y criados de los *gaard* circunvecinos.

Llegado el día de la cita, la habitacion donde han de celebrarse los desposorios aparece completamente cubierta de verde follaje, en tanto que en la cocina se asan los cuartos enteros de ternera, y en las mesas chispean los frascos de aguardiente. La buena mamá se ocupa activamente en sacar á relucir la mantelería mas fina y la vajilla que sirvió para su boda; pero como los convidados son en número considerable, échase mano de los vecinos para completar lo que falta, no siendo extraño ver reunidos en semejante día, en la morada de los desposados, los platos de porcelana y los cubiertos de plata que se encuentran en varias leguas á la redonda!!

Déjase oír el galope de los caballos que conducen á los convidados, y los ligeros trineos entran en el patio de la casa. La familia sale á recibir á los recién venidos, abrázanse mutuamente, y se les conduce al redor de la lumbre, ofreciéndoles cerveza y aguardiente. Al poco rato óyese de nuevo el sonido de los cascabeles y se repite la misma escena otra vez y otra, hasta que al cabo de dos horas se hallan reunidas bajo el mismo techo unas doscientas ó trescientas personas.

Despues del almuerzo, los desposados, conducidos por sus padres, se adelantan hasta el medio de la sala... Antes, empero, será bien describir en cuatro palabras el traje de cada protagonista.—El del novio es de *vadmel* (pana fina), y en su chaleco brilla una doble hilera de botones de metal ó de oro, segun los posibles de cada cual. Sobre los largos y flotantes cabellos de la jóven se ve una corona con remates dorados y adornos de plata cortados en forma de losanges, hojas de árbol y medias lunas; de su cuello pende una gran cadena en la que hay tres corazones de oro hábilmente cincelados, dos de los cuales encierran un pedacito de esponja, y un gran medallon. El traje de la novia se compone de un justillo de damasco encarnado, semejante al que usaban los caballeros de la Edad media, cuajado de bordados de oro y sujeto al cuerpo por un cinturón de terciopelo negro con placas de metal. Debajo de este justillo ó sobrevesta, que baja hasta las rodillas, se despliega un vestido de seda que sólo llega hasta el tobillo, lo cual permite ver sus medias de *vadmel* y sus ajustados zapatos de punta retorcida.—Al llegar al medio de la sala, toman asiento en unas sillas cubiertas con un manto de seda, y en esta posicion reciben la bendicion del sacerdote. En seguida, va éste á situarse delante de una mesa, en la cual coloca un criado una gran bandeja, y encarándose con los convidados les dirige un largo discurso, encomendándoles la jóven pareja que desde aquel momento forma una nueva familia.—Como sabe todo el mundo de antemano cuál ha de ser la última palabra de aquella caritativa arenga, todas las manos derechas toman simultáneamente el camino del bolsillo. Los parientes suelen ser los primeros que en la bandeja depositan su ofrenda, consistiendo ésta por lo regular en hermosas monedas de oro del cuño mas nuevo, que se recogen espresamente para esta ceremonia. Siguen luego los vecinos ricos, que á veces dejan hasta tres y cuatro pesos; y por fin los criados que tambien hacen su regalito. Concluida esta colecta, todo el mundo se sienta á la mesa para comer y beber de lo lindo. Despues de la comida sigue el baile, durante el cual se hace un mas que regular consumo de cerveza y aguardiente.—Los convidados permanecen dos ó tres días en la casa de los recién casados, comiendo en la misma mesa, y durmiendo bajo el mismo techo, lo cual no impide que al hacer el ajuste de cuentas, se hallen estos con que han ganado una cantidad respetable, despues de cubiertos todos los gastos.

POLONIA.

En Polonia vuela por los campos y las aldeas el carro de las bodas, relinchando los caballos, como gozosos y satisfechos de los ricos jaeces que les han puesto. Un ramillete igual al que lleva en sus manos cada convidado, adorna tambien, á guisa de penacho, la cabeza de los fogosos corceles. En las delanteras de los carros van los músicos haciendo resonar el aire con las alegres y agudas notas de los clarines, y las tiernas y melancólicas del violin. El frasco del guardiente circula de mano en mano, y la alegría que rebosa en los pechos se escapa en medio de sonoros vivas y entusiastas aclamaciones. Agítanse los sombreros en el aire, y los espectadores y curiosos responden con gritos de aplauso.

Cual la palma en el desierto, así descuella la novia lujosamente ataviada de flores, bordados y cintas de

todos colores, riendo y jugando con sus criadas de honor, en tanto que sus alegres compañeros entonan un *lied* popular. Callan estos, y los músicos ejecutan una animada danza, haciendo mil esfuerzos por conservar el compás, en medio de los repetidos vaivenes del carruaje. Una violenta sacudida les hace perder aquel, ó dar una tremenda pifia... ¡no importa! nadie se incomoda por ello, y la alegría redobla.

Los campesinos contemplan con tamaño boca abierta la alegre comitiva, y en cada parada, multitud de niñas acuden á bailar en torno del carro, mientras que los mozos se apiñan para contemplar á la jóven desposada, y las mozas la miran con envidia desde las ventanas de sus casas.—Mas retumban de súbito los agudos sonidos del clarín y los alegres gritos de la comitiva, y los carruajes emprenden de nuevo su rápida carrera al través de los verdes campos y de los espesos bosques. Las gentes de la aldea donde hicieron alto hablan aun largo rato de los desposados, elogiando su liberalidad (si hicieron distribuir en abundancia el aguardiente), y pintándose los unos á los otros los placeres de la boda, y la suerte de los convidados que pasarán la noche en medio de las danzas, los dulces y los licores.

En Polonia, cual en todas las tribus de la raza slava, entónanse en las bodas antiguos cantares, perpetuados en las familias de siglo en siglo, formando, por decirlo así, una parte integrante de la ceremonia.

Una anciana es la que prepara y resuelve las condiciones del casamiento. Decidido éste, arriba la novia, dirige una corta plegaria al Todopoderoso, y en seguida se sientan todos á la mesa. La novia ofrece á su prometido esposo una copa de cerveza, y las jóvenes empiezan á cantar con toda animación el



CEREMONIAS NUPCIALES EN NORUEGA.



CEREMONIAS NUPCIALES EN POLONIA.

Las mil flores que adornan  
Magnífico jardín,  
Venid, venid corriendo,  
Que nuestra hermana Anais  
Ofrece hoy en sus bodas  
Espléndido festín.

Venid, y beberemos  
Las lágrimas sinceras  
Que brotan de sus ojos  
Al darnos un adiós!  
Venid, que el vino verde,  
Alegres compañeras,  
En copas, los esposos,  
Ofrecen dos á dos.  
Ni ciento, ni mil rublos  
Queremos de sus manos,  
Que nunca el fiel cariño  
Se cifra en interés.  
El dar á los amigos,  
Que se amén como hermanos,  
Un vaso de buen vino,  
Mil veces mejor es.  
Por eso Anais, la bella,  
Que elige para esposo  
Un hombre que la adora,  
No un príncipe ó señor,  
Merece gozar siempre  
Un porvenir dichoso,  
Viviendo rodeada  
De goces y de amor.

El *vino verde* de que se habla en la estancia segunda del preinserto *lied*, es el *aguardiente*.

Finalizado el *lied*, montan las jóvenes en calesas, y se van á dar un paseo por el campo. Durante su ausencia, la desposada se dirige á sus padres, diciéndoles con ternura: «¡Padre querido! ¡venerable madre! ¿qué significan estos «preparativos? Veo llegar aquí «personas á quienes ni se esperaba, ni se había convidado. ¿Dicen que van á llevarme!... Mis piernas han temblado, mi cabeza se ha trastornado, y mi corazón ha palpitado de temor. ¡Padre mío! ¡madre mía! ¿Estais «enojados conmigo?...»

Vuelven de su escursión las amigas de la novia, y entonces canta ésta el

LIED DE LA DESPOSADA.

Queridas compañeras,  
Que alegres paseais  
En medio de las flores  
Que esmaltan el jardín,  
Venid, venid corriendo,  
Porque la pobre Anais  
Ofrece hoy en sus bodas  
El último festín.

Venid, y mis cabellos,  
En trenzas ondulantes,  
Amigas de mi infancia,  
Una vez mas peinad.  
Venid, y engalanadme  
Con mil galas brillantes,  
Para perder, queridas,  
Mi virgen libertad.

Cuando otra vez veamos  
La dulce primavera,  
Guirnaldas de mil flores  
Alegres tejereis;  
Y libres y contentas,  
Triscando en la pradera,  
Tambien de vuestra boda  
El día esperareis.

Mas no elijais, os ruego,  
Amigas, para esposo,  
Aquél que se os presente  
Cual príncipe ó señor:  
Buscad al hombre, amigas,  
Que un porvenir dichoso  
Os brinde con su mano,  
Sus fuerzas y su amor.

¡Cuánta sencillez y naturalidad, cuánta ternura y poesía, en el modo de celebrar la augusta ceremonia de mudar de estado!

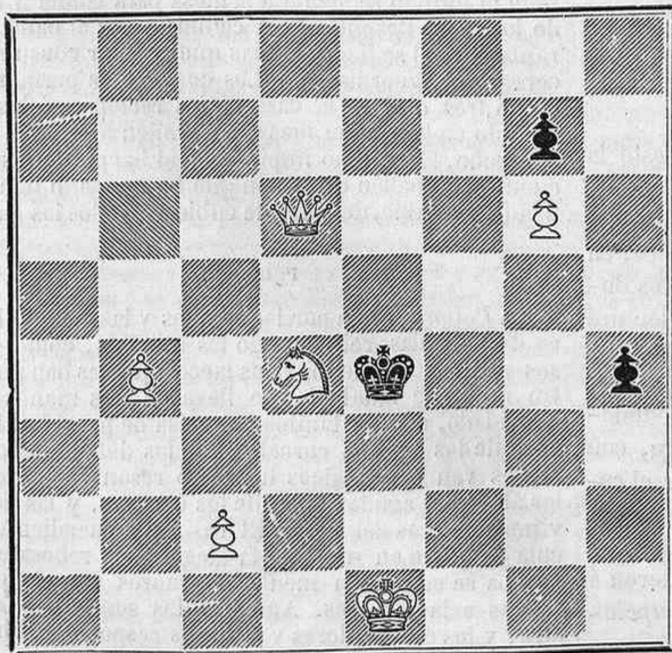
(Se continuará.)

P. F. MONLAU.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 110,  
POR DON G. MENENDEZ (GIJON).  
Dedicado á don Andrés M. Fernandez.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUCADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 109.

Blancos.	Negros.
1. <sup>a</sup> C 4 D	1. <sup>a</sup> R 4 C R (A) (B)
2. <sup>a</sup> P t T y pide C	2. <sup>a</sup> C t D. (1)
3. <sup>a</sup> A 2 D jaq.	3. <sup>a</sup> R juega.
4. <sup>a</sup> C 6 A R jaq. mate.	

(1)

2. <sup>a</sup> . . . . .	2. <sup>a</sup> T t P
3. <sup>a</sup> D 6 A R jaq.	3. <sup>a</sup> R juega.
4. <sup>a</sup> D jaq. mate.	

(A)

1. <sup>a</sup> . . . . .	1. <sup>a</sup> R 6 R
2. <sup>a</sup> T t P. R jaq.	2. <sup>a</sup> R t C
3. <sup>a</sup> A 4 C D	3. <sup>a</sup> Cualquiera.
4. <sup>a</sup> T 4 R jaq. mate.	

(B)

1. <sup>a</sup> . . . . .	1. <sup>a</sup> P 6 D t T
2. <sup>a</sup> A 2 D jaq.	2. <sup>a</sup> R t P
3. <sup>a</sup> T t P R jaq.	3. <sup>a</sup> R juega.
4. <sup>a</sup> C T ó P pide C jaque mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Martinez, M. Lopez, M. Rivero, E. Canedo, R. Canedo, S. Luque, P. Rey J. Jimenez, J. Rex, D. García, E. Castro, G. Dominguez, H. Sierra, M. Perez, V. Roda de Madrid.

ADVERTENCIA. En otro número insertaremos los nombres de los escritores de provincias, que han remitido la solución de este problema.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPARD  
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.